

# *Medio tiempo*



## ÍNDICE

Prólogo.....	1
Capítulo 1 – El Primer Recreo .....	2
Capítulo 2 – El Rincón de la Escuela.....	6
Capítulo 3 – La espera no tiene reloj .....	11
Capítulo 4 – Una Promesa Bajo el Sol .....	17
Capítulo 5 – El sí más bonito .....	21
Capítulo 6 – Los 6 meses .....	26
Capítulo 8 – Cuando el Tiempo vuela .....	32
Capítulo 9 – El Recuerdo Eterno .....	35
Epílogo .....	42
Sinopsis .....	44

# Prólogo

Hay historias que empiezan con un instante cualquiera, un día cualquiera, y sin darnos cuenta se vuelven eternas. Nuestra historia comenzó así: entre risas, miradas robadas y pasos inseguros en los pasillos de la escuela. Dos adolescentes, inseparables de la inocencia, aprendiendo lo que significa sentir el corazón latir por alguien más.

Recuerdo aquel rincón de la escuela, testigo silencioso de nuestras primeras conversaciones, de nuestras risas compartidas, de los secretos que solo nosotros entendíamos. Allí descubrí que el amor no necesita grandes gestos ni palabras perfectas; solo necesita dos corazones dispuestos a encontrarse, a crecer juntos y a soñar.

Este libro no es solo un relato de adolescencia, sino un viaje a esos momentos que se quedan grabados en la memoria para siempre. Es un recordatorio de que los primeros amores, aunque sencillos, tienen la capacidad de ser eternos, de enseñarnos lo que significa querer de verdad, de sentir que cada instante con esa persona especial es un tesoro que nadie más puede tocar.



## **Capítulo 1 – El Primer Recreo**

Hay recuerdos que no importa cuánto tiempo pase, nunca se borran... se quedan ahí, en una esquina de la memoria, intactos, como si hubieran sucedido ayer. Para mí, ese recuerdo siempre será aquel primer recreo en el que vi a Ada. No sé si fue casualidad, destino o un capricho de la vida, pero en ese momento, sin saberlo, mi corazón encontró su lugar.

El sol caía fuerte sobre el patio de la escuela, iluminando las risas de los niños que corrían de un lado a otro. El aire olía a polvo mezclado con pan dulce de la tiendita del portón. Yo, como cualquier niño distraído, solo buscaba un balón para patear o una sombra donde descansar. Pero todo cambió cuando mis ojos la

encontraron.

Ada estaba ahí, de pie cerca de un árbol de almendras que regalaba un poco de sombra. Sus trenzas bailaban con el viento, y sus ojos, brillantes y curiosos, parecían observarlo todo como si el mundo le perteneciera. No hablaba mucho, pero sonreía... y esa sonrisa fue suficiente para que yo, un niño torpe y tímido, sintiera que algo dentro de mí despertaba.

No fue un flechazo ruidoso ni exagerado; fue más bien un susurro en el alma. Una voz que me dijo: *“Ella será importante para ti”*. Y aunque yo no entendía de amores ni de promesas, sentí que debía acercarme.

El recreo siguió, los juegos no paraban, pero yo solo quería estar donde ella estaba. Recuerdo que inventé mil excusas para pasar cerca: que iba por agua, que buscaba

una pelota, que necesitaba sentarme en esa banca donde, casualmente, ella también estaba. Y en uno de esos intentos, ella me miró. No una mirada cualquiera, sino de esas que te dejan sin aire, como si el tiempo se detuviera y todo el patio desapareciera.

—¿Vas a jugar? —me preguntó con una voz tan suave que parecía un secreto compartido solo entre los dos.

Yo, nervioso, apenas logré asentir. No supe qué responder, pero en mi pecho sentí un cosquilleo extraño, como si hubiera descubierto algo nuevo en la vida.

Ese recreo terminó rápido, o tal vez fue que yo deseaba que durara más. Lo cierto es que desde ese día, cada recreo, cada entrada a clases y cada salida, se convirtieron en oportunidades para verla, para escucharla, para descubrir poco a poco que Ada no solo

era una niña más de la escuela... era la chispa que llenaba mis días.

Años después, aún puedo cerrar los ojos y volver ahí: escuchar el griterío de los niños, sentir el sol en mi cara y verla a ella, con esa sonrisa tímida, como si fuera un sueño que nunca termina. El primer recreo... nuestro primer encuentro, la primera página de una historia que, aunque el tiempo avance, seguirá siendo eterna en mi memoria.

## **Capítulo 2 – El Rincón de la Escuela**

Dicen que cada historia de amor tiene un lugar especial donde comienza a crecer, un rincón secreto que guarda las risas, las palabras tímidas y los silencios que hablan más que mil frases. Para Ada y para mí, ese rincón estaba justo detrás del aula de quinto grado, donde un viejo muro de ladrillos se levantaba con orgullo, y unas plantas trepadoras trataban de cubrir sus grietas como si quisieran ocultar el paso del tiempo.

Ese espacio no era nada extraordinario para los demás. Solo un sitio donde pocos pasaban, a veces usado como atajo para correr hacia el portón o como escondite cuando algún niño jugaba a las escondidas. Pero para nosotros... para nosotros era mucho más. Era como un pequeño mundo aparte, donde podíamos ser



simplemente *Beto y Ada*, sin ruidos, sin prisa, sin que nadie nos interrumpiera.

Recuerdo la primera vez que llegamos allí. Había terminado la clase de Ciencias y, como siempre, salimos al recreo. Yo me armé de valor y me acerqué a Ada, que estaba sentada sola, dibujando algo en su cuaderno con un lápiz mordido por los nervios. No sé de dónde saqué la idea, pero le pregunté si quería que le mostrara “un lugar especial” de la escuela. Ella me miró con esos ojos llenos de curiosidad y, con una sonrisa que aún hoy puedo revivir, aceptó.

Caminamos juntos por el pasillo, entre murmuritos de compañeros que siempre notaban más de lo que decían.

Y cuando doblamos la esquina y llegamos a aquel rincón, Ada soltó una pequeña risa, como si aquel muro

viejo y esa banca de madera desgastada fueran un tesoro escondido.

—Aquí no viene casi nadie —le dije, tratando de sonar seguro.

—Entonces será nuestro lugar —respondió ella, con una naturalidad que me dejó sin palabras.

Y desde ese instante lo fue. Nuestro rincón.

Allí hablamos por primera vez de cosas que parecían enormes para dos niños: de lo que queríamos ser de grandes, de los sueños que todavía no tenían forma, de cómo las tardes parecían más largas cuando la lluvia no dejaba salir a jugar. Ella me contó que le gustaba dibujar y que algún día quería viajar lejos, ver más allá de las paredes de la escuela. Yo, en cambio, solo supe decirle que lo único que quería era seguir viéndola a ella

cada día.

Con el tiempo, ese rincón se llenó de recuerdos. Risas que todavía resuenan entre las paredes, pequeñas peleas que terminaban con un “perdón” y una sonrisa, secretos compartidos que nadie más supo. Allí, sentados en esa banca vieja, nos dábamos cuenta de que, aunque éramos apenas unos adolescentes, algo mucho más grande nos unía.

Hoy, al recordarlo, siento que ese muro y esa banca fueron testigos silenciosos de nuestro inicio. Testigos de cómo dos corazones, ingenuos pero sinceros, empezaron a escribir su historia sin saber cuánto significaría después.

El rincón de la escuela no era hermoso a los ojos de cualquiera, pero para mí sigue siendo el lugar más

mágico que existió, porque fue donde Ada empezó a ser  
no solo una parte de mis días, sino el centro de ellos.

### **Capítulo 3 – La espera no tiene reloj**

Hay momentos que marcan un antes y un después en la vida de cualquiera, y aunque éramos apenas dos adolescentes descubriendo el mundo, aquel día quedó grabado en mí como una cicatriz hermosa, imposible de borrar. Fue el día en que, con todas las torpezas propias de la edad y con un miedo que parecía más grande que yo, logré decirle a Ada lo que sentía.

No fue un día especial para la escuela. Era uno más: el timbre sonó, los profesores repetían sus explicaciones, y en el aire flotaba ese olor a papel, polvo y lápices de madera que aún puedo recordar. Pero para mí, ese día se volvió inolvidable. Desde temprano lo supe: tenía que decírselo, aunque me temblaran las manos, aunque las palabras quisieran quedarse atrapadas en mi garganta.

La idea me perseguía desde hacía semanas. Cada vez que hablábamos en “nuestro rincón”, cada vez que veía sus trenzas moverse cuando corría hacia el portón, o cuando reía de esas cosas simples que solo nosotros entendíamos, mi corazón me gritaba que no podía seguir callando. Pero, ¿cómo hacerlo? ¿Cómo decir algo tan grande con palabras tan pequeñas?

Esa mañana, mientras copiábamos ejercicios en el cuaderno, mi mirada se escapaba cada dos segundos hacia ella. Ada mordía la punta de su lápiz, concentrada, y cada vez que levantaba los ojos, parecía que el mundo entero se volvía más brillante. Yo apretaba fuerte mi cuaderno como si allí pudiera encontrar valor.

El recreo llegó, y con él, mi oportunidad. Recuerdo que la invité, con voz entrecortada, a ir al rincón detrás del



aula. Ella aceptó con naturalidad, como siempre, y caminamos juntos entre risas y comentarios de otros que, aunque no entendían nada, sabían que algo especial nos unía.

Cuando llegamos, el silencio me envolvió. El sol apenas se colaba entre las hojas del árbol, y el viento movía suavemente la banca vieja donde tantas veces nos habíamos sentado. Ada me miró con esa expresión que mezclaba ternura y curiosidad, y yo sentí que era ahora o nunca.

—¿Qué pasa, Beto? —me preguntó, ladeando la cabeza. Yo tragué saliva, sentí un nudo en la garganta, y lo dije. No con elocuencia, no con las frases que ahora, de adulto, sé que podría haber usado... sino con la sinceridad pura de un adolescente que apenas descubría

lo que era el amor.

—Me... me gustas.

Así, simple, torpe, como un secreto mal guardado que se escapa.

El silencio que siguió fue eterno. El mundo pareció detenerse: los gritos de los niños jugando fútbol en el patio se desvanecieron, el timbre de la tiendita desapareció, incluso el viento pareció guardar respeto a ese instante. Y yo, con el corazón a punto de salirse de mi pecho, la miraba, esperando...

Ada bajó la mirada. Yo pensé lo peor: que me había adelantado, que había arruinado nuestra amistad, que ella se alejaría para siempre. Pero entonces, muy despacio, levantó los ojos y me regaló una sonrisa tan sincera que me dejó sin aire.

—Tú también me gustas, Beto —dijo, y cada palabra fue como un rayo de sol entrando directo en mi alma.

No lo grité, no lo celebré con saltos. No hizo falta. La felicidad era tan grande que apenas podía sostenerla. Sonreímos los dos, tímidos, rojos, sin saber qué hacer después. Y fue entonces cuando me di cuenta de algo: no siempre se necesita un beso, ni una promesa eterna, para sellar un momento. A veces, basta con una frase honesta y dos corazones latiendo al mismo ritmo.

Ese día seguimos hablando de cosas simples, como siempre, pero ya nada fue igual. Habíamos cruzado una línea invisible, y lo sabíamos. Cada palabra, cada risa, cada silencio desde entonces tenía un brillo distinto, como si el mundo nos mirara de otra manera.

Ahora, después de tantos años, aún cierro los ojos y

puedo escuchar su voz diciendo esas tres palabras: “*Tú también me gustas*”. Y aunque el tiempo haya pasado, aunque la vida nos haya mostrado otros caminos, ese recuerdo vive en mí como si todavía fuéramos esos adolescentes sentados en un rincón de la escuela, descubriendo que el amor existe y que puede nacer de lo más simple.

## **Capítulo 4 – Una Promesa Bajo el Sol**

Dicen que hay días que no están en los calendarios. Días que nadie nombra. Días que pasan por debajo del tiempo, como si fueran secretos del universo. Él lo supo cuando despertó una madrugada con la sensación de haber vivido algo que nadie más recordaba.

Había soñado con ella. Pero no como siempre. Esta vez fue distinto: la había visto caminar bajo la lluvia, descalza, sonriendo como si supiera que lo estaba soñando. En su mano llevaba algo, pero él no podía ver qué era. Solo escuchó una frase antes de que despertara: “Te dejo esto donde solo vos lo vas a encontrar”.

No volvió a dormir. Se vistió, salió sin rumbo fijo y terminó, como si el destino lo guiara, en el parque. El quiosco estaba vacío, pero no solo vacío: parecía fuera

del mundo. Como si hubiera quedado suspendido en ese otro plano donde ocurren los días que no existen.

Allí, en el banco más lejano, encontró una libreta. Vieja, húmeda, con las iniciales E.L. grabadas en la portada. No tenía nombre, ni dirección, ni explicación. Solo palabras escritas con tinta que parecía desvanecerse con cada página. La abrió. En la primera hoja solo había una línea:

“Cuando llegues al final, vas a entender por qué el principio nunca fue suficiente.”

Sintió un escalofrío. No era su letra, pero era como si la hubiera escrito él. O ella. O ambos en otro tiempo. Las páginas siguientes eran fragmentos, frases sueltas, símbolos, fechas que no existían en ningún calendario. Cosas que solo alguien que la conociera entendería.



Una página decía: *“Ella no soporta esperar, pero siempre lo hace.”* Otra: *“La luna no cuenta secretos, solo los guarda hasta que alguien los encuentre.”* Y otra más, casi ilegible: *“Hay días en los que el amor no aparece, pero igual está.”*

Desde ese momento, él entendió que la historia que vivían no era solo de dos. Era una historia escrita con el tiempo, en lugares que no siempre estaban en la realidad, y que si alguien más la encontraba, probablemente no entendería nada.

Esa noche, bajo un cielo sin estrellas, supo que el amor que sentía por ella era más que palabras o encuentros. Era un rompecabezas. Uno que solo podía resolverse si aceptaba que no todo tenía que tener lógica. Que algunos días estaban hechos para no existir.

Y entre esos días invisibles, había uno donde todo había comenzado. Aunque aún no sabía cuál.

## Capítulo 5 – El sí más bonito

Hay instantes que dividen la vida en un antes y un después. Momentos que parecen pequeños a los ojos de los demás, pero que para uno se vuelven gigantes, como un faro que ilumina cada recuerdo futuro. Para mí, ese instante fue el día en que escuché de los labios de Ada el “sí” más bonito del mundo.

La tarde estaba tibia, con ese aire fresco que a veces llega después de una llovizna. El cielo aún tenía nubes dispersas, pero el sol insistía en brillar entre ellas, como si quisiera ser testigo de lo que estaba a punto de suceder. Yo llevaba horas planeando qué decir, cómo hacerlo, ensayando frases en mi cabeza que siempre terminaban sonando torpes. Porque, ¿cómo pedirle a alguien que sea tu novia cuando tu corazón late tan

fuerte que parece que va a salirse?

Nos encontramos, como tantas veces, en el rincón de la escuela. Esa banca vieja ya conocía nuestras risas, nuestros secretos, y ahora estaba a punto de guardar nuestro primer pacto de amor. Ada llegó con su sonrisa de siempre, esa que tenía el poder de desarmar cualquier miedo.

Yo, nervioso, jugueteaba con mis manos, buscando valor en los silencios. Sentía que cada segundo pesaba más que el anterior. Finalmente, respiré hondo y me atreví a hablar.

—Ada... —dije, y ella me miró con esa ternura que siempre me hacía sentir que podía ser valiente.

—¿Qué pasa, Beto? —preguntó, con esa calma que solo ella tenía.

Y entonces, las palabras salieron, atropelladas pero sinceras, desde lo más profundo de mí:

—Quiero... quiero preguntarte algo. No sé si es demasiado pronto o si suena raro, pero... ¿quieres ser mi novia?

El silencio que siguió fue eterno. El mundo pareció contener la respiración. Yo temblaba, temía que me rechazara, que se riera, que dijera que no. Pero entonces, Ada sonrió. Esa sonrisa suya que era como un amanecer en medio de la noche.

—Sí, Beto —respondió suavemente—. Claro que sí.

No hubo fuegos artificiales, no hubo aplausos ni testigos. Solo estábamos nosotros, y sin embargo, sentí que el universo entero celebraba conmigo. En ese momento, la felicidad me envolvió como nunca antes.

Ada era mi novia, y aunque no lo supiéramos, estábamos comenzando la aventura más bonita de nuestras vidas.

Nos abrazamos. No fue un abrazo cualquiera, fue de esos que se quedan tatuados en la piel y en el alma. Cerré los ojos, y por un instante, el tiempo dejó de existir. Nada más importaba: ni la escuela, ni los años que vendrían, ni lo que pudiera pasar. Solo ella y yo, en ese rincón que ahora se volvía sagrado.

Y aunque quizás nuestra historia de amor no haya sido exactamente así, aunque los detalles se mezclen entre lo que pasó y lo que mi corazón inventa, mi imaginación siempre vuela cuando se trata de ti, Ada. Porque contigo todo es posible, todo se vuelve mágico, incluso en los recuerdos.



Ese “sí” no solo fue una palabra; fue el inicio de un camino, de medio año de risas, de complicidades, de sueños adolescentes que parecían no tener fin. Y aunque el tiempo haya pasado, aún hoy, cuando cierro los ojos, puedo escuchar su voz repitiendo ese pequeño “sí” que lo cambió todo, que me enseñó que el amor verdadero puede empezar con un simple gesto y crecer hasta volverse eterno.

## Capítulo 6 – Los 6 meses

Medio año. Seis meses. A los ojos de cualquiera podría parecer poco, apenas un parpadeo en el tiempo. Pero para nosotros, dos adolescentes que descubrían por primera vez lo que significaba tener el corazón entregado a alguien más, esos seis meses eran una eternidad llena de magia, una hazaña que valía la pena celebrar como si fuera un aniversario de toda la vida.

Recuerdo que desde días antes yo ya planeaba todo en mi cabeza. Pensaba en qué podía darle, cómo podía hacer que se sintiera especial, aunque no tuviera dinero ni grandes recursos. Porque el amor adolescente tiene eso: convierte lo sencillo en tesoro, lo pequeño en gigante. Y yo quería que Ada supiera que, aunque apenas llevábamos medio tiempo juntos, para mí ya era

un para siempre disfrazado de seis meses.

La mañana de ese día me desperté con un cosquilleo en el pecho. Caminé a la escuela repasando una y otra vez lo que pensaría decirle. Llevaba escondido en mi cuaderno un papel doblado mil veces: una carta que había escrito la noche anterior, llena de palabras torpes, dibujos de corazones chuecos y frases que me salieron del alma. No era perfecta, pero era nuestra.

Cuando llegó el recreo, la busqué como siempre en nuestro rincón. Ella estaba ahí, esperándome con esa sonrisa que me recibía todos los días y que yo nunca me cansaba de mirar. Me senté junto a ella, tratando de parecer tranquilo, aunque por dentro estaba a punto de explotar de nervios.

—¿Sabes qué día es hoy? —le pregunté, intentando

sonar casual, aunque mis manos delataban lo nervioso que estaba.

Ella me miró con picardía, como si ya supiera.

—Claro que sé, Beto... hoy cumplimos medio año.

Y en ese instante, escucharlo de su voz fue como un regalo en sí mismo. Medio año no era un número cualquiera. Era medio año de sonrisas, de caminatas compartidas, de pláticas interminables en la banca del rincón, de miradas que hablaban más que las palabras. Medio año de descubrirnos, de reírnos de nuestras tonterías, de soñar con futuros imposibles y al mismo tiempo sentir que el presente era perfecto.

Saqué mi carta del cuaderno y se la entregué con las manos temblorosas. Ella la tomó con cuidado, como si tuviera en sus manos algo frágil. La abrió despacio, y

mientras la leía, sus ojos se iban iluminando. Yo me moría de la vergüenza, pero también de emoción. Cuando terminó, levantó la vista y me abrazó. Un abrazo largo, fuerte, de esos que hacen que el tiempo desaparezca.

—Gracias, Beto —me susurró al oído—. Este ha sido el medio año más bonito de mi vida.

En ese momento supe que no necesitábamos regalos caros ni grandes sorpresas. Lo teníamos todo: teníamos nuestro rincón, nuestras palabras, nuestra complicidad. Teníamos un amor puro, de esos que solo se viven una vez, de esos que no se olvidan aunque pasen los años.

Nos quedamos sentados, viendo el sol filtrarse entre las ramas del árbol, hablando de cómo llegaríamos al año, a los dos, a los tres... riendo de cómo nos imaginábamos

siendo todavía novios cuando fuéramos grandes. Era inocente, sí, pero también era sincero. Porque en ese instante creíamos que el amor podía contra todo, que el tiempo nunca nos alcanzaría.

Y aunque quizá nuestra historia real no haya sido exactamente como la imagino ahora, mi corazón no puede evitar adornar cada recuerdo, ponerle colores más brillantes, palabras más dulces, momentos más largos. Porque cuando se trata de ti, Ada, mi imaginación siempre vuela, y aunque invente detalles que tal vez nunca ocurrieron, el sentimiento es el mismo: eterno, puro y verdadero.

Ese día regresamos a casa caminando juntos. El camino parecía más corto, pero también más especial. Cada paso era un recordatorio de que seis meses ya habían



quedado atrás, y que aún nos esperaban muchos más. Medio tiempo no era un final, sino un comienzo, el primer capítulo de un libro que yo quería escribir contigo para siempre.

Y aquí estoy, tantos años después, recordándolo como si hubiera sido ayer. Porque los seis meses con Ada no fueron solo una fecha en el calendario: fueron la prueba de que el amor adolescente, aunque inocente y torpe, puede ser tan fuerte que se convierte en eterno en la memoria.

## **Capítulo 8 – Cuando el Tiempo vuela**

Muchos años después, me siento y cierro los ojos, y de repente, vuelvo a ser aquel adolescente que caminaba hacia el rincón de la escuela, con el corazón latiendo más rápido de lo normal, esperando ver a Ada. Es extraño cómo el tiempo puede pasar volando, cómo los días se convierten en meses, los meses en años... y sin embargo, algunos recuerdos permanecen intactos, como si no les importara el paso de los calendarios.

Recuerdo su risa, tan clara y ligera, que podía llenar cualquier espacio vacío. Recuerdo cómo sus manos encajaban con las mías como si hubieran sido hechas para encontrarse. Recuerdo sus ojos, que tenían la capacidad de hacerme sentir valiente, y a la vez vulnerable, al mismo tiempo. Y lo más curioso es que,

aunque han pasado años, cada vez que pienso en ella, todo vuelve a suceder. Cada gesto, cada palabra, cada abrazo... todo está vivo otra vez, como si el tiempo se hubiera detenido solo para nosotros.

A veces me pregunto si ella recuerda con la misma intensidad, si también su corazón viaja al pasado cuando algo le recuerda a nosotros. Y aunque quizás los detalles cambien con la memoria, lo que siento es inmutable: la fuerza de aquellos primeros instantes, la pureza de un amor adolescente que no necesitaba promesas eternas, porque ya se sentía eterno desde el primer “sí”.

Aunque la vida nos haya llevado por caminos distintos, aunque hayamos crecido y cambiado, cada recuerdo con Ada sigue allí, brillando como si nada hubiera pasado. Esos seis meses, cada día compartido, cada risa y cada

secreto... permanecen en mí como un tesoro que no puede ser borrado por el tiempo.

Y en esos momentos de silencio, cuando cierro los ojos y dejo que los recuerdos me envuelvan, siento que todavía estoy caminando hacia aquel rincón, todavía siento el calor de su mano en la mía, y todavía escucho su voz susurrando mi nombre. Porque aunque los años hayan pasado, cuando el tiempo vuela, los recuerdos no se pierden; se hacen eternos.

## **Capítulo 9 – El Recuerdo Eterno**

A veces me pregunto cómo es posible que algo tan simple como un recuerdo pueda sentirse tan vivo, como si el tiempo nunca hubiera pasado. Cierro los ojos y vuelvo a ser aquel adolescente que caminaba nervioso hacia el rincón de la escuela, con el corazón latiendo tan fuerte que parecía querer salirse del pecho, solo para encontrarla a ella. Ada estaba ahí, con su sonrisa que iluminaba cualquier rincón, y yo con las manos sudadas, intentando no temblar, intentando no arruinar el momento más importante de mi vida hasta ese instante.

Cada gesto suyo está grabado en mi memoria con una claridad que me asombra. Recuerdo cómo apartaba un mechón de cabello de su rostro, cómo sus dedos temblaban un poquito cuando me entregaba una nota,

cómo sus ojos brillaban cuando decía algo que la hacía feliz, y cómo, incluso en los silencios, sentía que todo lo que necesitaba decirse estaba allí, entre nosotros, flotando en el aire.

Aunque hayan pasado años, esos recuerdos no se desvanecen. Al contrario, se vuelven más nítidos. Cada risa compartida, cada conversación tonta, cada paseo corto hacia la tienda o hacia casa... todo sigue vivo en mí. A veces me sorprendo sonriendo solo, como un tonto, al recordar una broma que solo nosotros entendíamos, o la manera en que ella apoyaba la cabeza en mi hombro cuando estábamos cansados de tanto caminar.

Y aunque quizás nuestra historia de amor no haya sido exactamente como la imagino ahora, mi corazón

siempre la dibuja con colores más brillantes, con palabras más dulces, con detalles que tal vez nunca existieron, pero que hacen que todo cobre sentido. Mi imaginación vuela cuando se trata de ella, Ada, y cada recuerdo se mezcla con deseo y nostalgia, como si estuviera reviviendo todo una y otra vez.

Pienso en aquel primer “sí” que cambió todo, en el primer abrazo que me dejó sin aire, en nuestro medio año celebrado como si fuera el evento más importante del universo. Pienso en los días lluviosos en los que compartimos un paraguas pequeño y terminamos empapados, riendo de nuestra torpeza; en los días soleados en los que corríamos detrás de las hojas que caían, y en cómo cada momento, aunque cotidiano, se volvía extraordinario simplemente porque estaba ella a

mi lado.

Lo más increíble es que, aunque la vida nos haya llevado por caminos distintos, aunque hayamos crecido y cambiado, ese amor adolescente no murió. No necesitó permanecer físicamente cerca, porque su esencia quedó tatuada en mi corazón. Esos momentos son míos para siempre, intocables por el tiempo y la distancia. Y cada vez que cierro los ojos, vuelvo a sentir su risa, su mirada, la suavidad de su mano sosteniendo la mía, como si el mundo se redujera solo a nosotros dos, y todo lo demás desapareciera.

A veces pienso en cómo explicar a alguien lo que significa tener un recuerdo tan poderoso. No se trata solo de nostalgia, ni de querer volver atrás. Se trata de magia, de que ciertos momentos son tan puros y



verdaderos que no pueden borrarse, que permanecen en la memoria y en el alma, listos para regresar cuando los necesitamos. Nuestro amor adolescente tiene esa magia: puede ser invisible para otros, pero para mí es eterno.

Y entonces sonrío. Porque sé que lo que vivimos fue real. No importa que los detalles cambien con el tiempo, que algunas palabras se pierdan en la memoria, que los lugares ya no existan o que los días se mezclen unos con otros. Lo que importa es lo que sentimos, y eso nunca se olvida.

Así, cada vez que pienso en Ada, me doy cuenta de que nuestra historia no terminó con un adiós. No terminó con un “hasta luego” ni con un simple “ya crecimos”. Nuestra historia sigue viva en cada recuerdo, en cada pensamiento, en cada emoción que se despierta solo con

pronunciar su nombre. Y mientras exista esa memoria, mientras pueda revivir cada instante con ella en mi corazón, siempre habrá amor, siempre habrá magia, siempre habrá nosotros.

Porque los recuerdos verdaderos no envejecen. No se borran. No desaparecen. Y mi amor por Ada, aunque empezara como un sentimiento adolescente, ha sobrevivido al tiempo, al crecimiento, a todo lo que cambia. Esa es la belleza de lo que vivimos: aunque hayan pasado los años, cada instante sigue vivo, y siempre lo seguirá.



## Epílogo

*Hoy, años después de aquellos días, cierro los ojos y regreso al rincón de la escuela, al sol que caía sobre nosotros, a los abrazos tímidos y a las risas compartidas. Cada instante con Ada sigue vivo en mi memoria, como si el tiempo nunca hubiera pasado.*

*Y aunque nuestras vidas hayan tomado caminos distintos, aquel amor adolescente no terminó. Se transformó en recuerdo, en enseñanza, en alegría, en nostalgia. Aprendí que los primeros amores no necesitan durar para siempre físicamente; basta con que queden grabados en el corazón, listos para revivir cada vez que los recordamos.*

*Medio tiempo no es solo nuestra historia; es la prueba de que lo verdadero permanece, que lo que sentimos puede trascender los años, y que el amor, cuando es puro y sincero, nunca desaparece. Cada risa, cada mirada, cada palabra compartida sigue viva, recordándome que lo mejor de la vida no son los grandes gestos, sino los momentos que tocamos y guardamos para siempre.*



## **Sinopsis**

*Medio tiempo* narra la historia de Beto y Ada, dos adolescentes que se conocen en la primaria y que, sin darse cuenta, empiezan un viaje lleno de emociones, risas y ternura. Entre paseos, secretos, abrazos y cartas torpes pero llenas de sinceridad, celebran medio año de noviazgo y descubren que incluso los momentos más simples pueden volverse eternos.

Años después, sus recuerdos siguen vivos, recordándoles que el amor verdadero no se mide por el tiempo ni por los lugares, sino por la intensidad de los sentimientos que dejan huella en el corazón. Una historia que combina nostalgia, ternura y la magia de la adolescencia, para demostrar que algunos amores jamás se olvidan.